

en las Plaças à vista de inmenso concurso, y dezia: O Bononia! O Bononia! que desdichada fueras, y à que estado tan miserable te huvieran reducido tus culpas, sino tuvieras en tu poder el tesoro de las cenizas venerables de mi dulcísimo hermano, y amigo Domingo. Este con la continuacion de sus Oraciones, y la fuerza de sus ruegos tiene suspenso el impulso de la Justicia divina, para que no descargue sobre ti el açote de sus iras. Estima su proteccion, y venera su santidad, no malogren tus defatenciones vn bien, en que estàs tan interessada. Pudieron tanto las instancias con que predicò el seruo de Dios, que dexò la Ciudad quieta, y pacifica, y en mucha parte de sus vicios reformada.

En los vltimos dias, que estuvo en esta Ciudad, vno, que predicaba en la Plaça con innumerable concurso, permitió Dios, que huviesse vn horrible temblor de tierra, que puso en gran temor, y assombro à todos, escarmentados ya de otros, en que con ruina de edificios avian perecido muchas haziendas, y vidas. Viendo el Santo afligido al Pueblo, y que con señas de compuncion pedia misericordia, dexò el Sermon, y se puso en Oracion vn breve rato, y dixo despues: No temais, no temais, que passará el terremoto sin daño alguno, y solo quiere el Señor con este peligroso assombro dexaros avisados, para que temais sus iras, y corrijais vuestros pecados.

Estas victorias, con que su zelo fervoroso triunfa de la malicia del comun enemigo, le tenian tan irritado, como oprimido; y viendo quan ociosamente se fatigaba en oponerse à quien siempre le vencia, tratò de combatirle en sus hijos, sin atender, à que el vinculo de la caridad, que tenia enlazadas las almas, tenia tambien vnidas las fuerzas; y que el que era vno se multiplicaba en muchos para pelear, y para

vencer. Estaba muy congojado su compañero, porque los demonios le assustaban con visiones espantosas, y horribles amenazas, quando se ponía en la Oracion. El Santo conociendo su desconfuelo, le animò afeandole su cobardia, y dandole su bendicion, y hecha sobre el la Señal de la Cruz, le mandò, que se fuesse à la Oracion, y confiado les presentasse la batalla, que seria suyo el triunfo; porque son, dixo, tan menguados, que no se atreven à los que armados de Fè, les hazen frente animosos, logrando sus furias con los cobardes. Así lo hizo el obediente discipulo, y desengañado con la felicidad del suceso, nunca mas hizo caso del enemigo. Fue tanta en fin la superioridad, y tan absoluto el imperio, que le adquirió la humildad al Santo Patriarca, sobre la soberbia del demonio, que no solo le vencia, quando con el peleaba, pero fiaba à otros el combate para que quedasse vencido por su mandamiento.

CAPITULO XXII.

Dio el Santo la buelta para Afsis, y de algunos raros, y milagrosos sucesos.

DE Bononia partiò à su Patria Afsis, instado de los ruegos de las Monjas de S. Damian, hijas de la gloriosa Virgen Santa Clara, para que les formasse la Regla por escrito, à que como à fixo arancel ajustassen su vida; porque aunque hasta entonces avian observado todo lo mas riguroso de su contenido, no lo tenian por escrito. Confrinò el Santo esta materia con el Cardenal Hugolino, que las amaba tiernamente, y à cuya sollicitud avia de fiarse el negocio de la confirmacion de la Silla Apostolica. Quería el Cardenal mitigar algunas de

de sus austeridades, porque le parecian para la flaqueza de mugeres poco practicables, y muy rigurosas: pero hallò resistencia en la Santa Madre, y sus Hijas, cuyos fervores de espíritu desmentian las delicadezas de el sexo.

Concluida esta diligencia, despachò el Santo cartas convocatorias à su Vicario General Fray Elias, y à los Prelados, que se hallaban mas cercanos, para hazer dexacion solemnè de el gobierno de la Orden, como la hizo en Fray Elias, encargandole mucho no permitiesse, que por omision, o capricho suyo, descaeciesse la mejor, y mas rigida observancia de la Regla. Fue necesario, que hiziesse esta nueva renuncia, y dexacion del gobierno, dando de nuevo, y delegando su autoridad al Vicario General; porque desde que el sumo Pontifice confirmò la Regla, confirmò al Santo en el officio del Generalato, sometiendolo à su obediencia à todos los Frayles por aquellas palabras: *Et alij Fratres teneantur Fratri Francisco, & eius successoribus obedire*. Hasta este punto, aunque por comun consentimiento, y votos de los Frayles, Fray Elias era Vicario General, se llamaba así, porque con atencion respetosa no quisieron, que en vida de su Santo Fundador huviesse alguno, que se llamasse con el absoluto titulo de General: pero estaban persuadidos por la renuncia solemnè, que San Francisco avia hecho de el Officio, estar essemptos de su obediencia; y sugetos à Fr. Elias, como à Prelado legitimo, elegido con toda solemnidad por sus votos. Esto ya no podia subsistir confirmada la Regla; en la qual por clausula expresa era constituido, y nombrado por Suprema Cabeça de la Orden; de quien dimanaba à los legitimos sucesores toda la potestad. Admirò Fray Elias el manejo del gobierno con mu-

Parte I.

chas buenas promessas, à que diò mal cumplimiento.

Por este tiempo en la Ciudad de Afsis ardía vna escandalosa discordia entre el Obispo, y Cabildo Eclesiastico, y el Magistrado Secular. El Obispo puso entredicho à todos los Consules, o Regidores; y estos ofendidos embarçaban al Obispo todo el comercio, vengandose de las censuras en privarle de las temporalidades, de fuerte, que para la Casa Episcopal, ni Clero, no avia forma de hazer provision para la comida. Este rompimiento aun amenaçaba mayores disturbios con escandalo, y sentimiento de los desapasionados. Sentia el Santo mucho ver en su Patria division tan perniciosa; y dolíase, que no huviesse personas de zelo, y autoridad, que pudiesse mediar la materia. Hizo especial Oracion, y oprimido de este dolor, llamó à quatro de sus Compañeros, y les dixo: Hijos, tened confianza en Dios, y visitad en mi nombre à los Consules de la Ciudad; rogandoles, que cedan de su empeño por el bien publico, y se pongan en la presencia del Obispo à tratar el ajuste de sus diferencias. Dixoles mas, que quando todos estuviessen juntos, empeçassen ellos à cantar à Coros los siguientes versos. Seas Omnipotente Dios atabado de aquellos, que por tu amor perdonan sus ofensas, y olvidan sus injurias. Dichosos aquellos, que toleran con paciencia su tribulacion, y disimulan las flaquezas de sus proximos. Bienaventurados los que aman la paz, y concordia, porque de ti, Señor, recibiran corona, y premio eterno. Esto hareis Hijos míos, que yo, pues aora me hallo impedido de mis males, y no puedo hazer por mi esta diligencia, rogarè al Señor, que surta el efecto deseado vuestro zelo. Obedecieron promptos, hablaron à los Consules, que movidos de la auto-

Pp

ri.

ridad, y reverencia de su Santo Com-
patriota, se fueron à la presencia de
el Obispo. Los Religiosos, antes que
las partes se llegassen à hablar en sus
sentimientos, empezaron à cantar sus
versos en la forma, que les mandò su
Padre. Pasmaron todos, viendo en
funcion tan grave, y dificultosa tal
estrañeza, y empezaron à sentir mo-
vidos sus coraçones, y à folicitar la
paz, de suerte, que sin hablarse pala-
bra en los passados disgustos los se-
glares, se postraron à los pies de el Obis-
po, y el Obispo les daba los braços,
bañado su rostro en lagrimas. Fue vna
cosa admirable; no hubo mas satisfa-
cion de partes, que mutuos abraços,
tiernas lagrimas, que en todos sacò
el gozo de vna paz tan importante, y
tan poco esperada. Hizieronse los
ajustes, sin que de los passados agra-
vios se oyessè palabra que sonasse à
quexa. Con esto se hizo mas solida la
amistad, y mas segura la concordia;
por que hablar en defazones, que ya
passaron, fuele servir, mas que para
conseguir el ajuste, para rehazer el em-
peño: quedando las voluntades, como
las heridas mal humoradas, que la ma-
no que las toca para curarlas, las irri-
ta, y haze mas encónofas. Dieron al
Señor gracias por este gran beneficio;
y los Religiosos descubrieron, como
lo executado era orden expreso de su
Santo Padre: de cuyo fervoroso zelo
las máquinas tenían de Dios ocu-
tas fuerças para obrar
maravillas.



CAPITULO XXIII.

*Srca Dios al Glorioso S. Francisco de
la penosa dessolacion, que padecia su
espíritu. Retirase à Cortona, y
lo que le sucedio en esta
jornada.*

CASI dos años avia, que nues-
tro Glorioso Santo padecia
gran desfamparo, y sequedad
de espíritu, hecho yunque al repetido
golpe de la tentacion; y entregado por
permision divina à las astucias de el
demonio; medios eficaces, y vtilissi-
mos, que el Señor elige en sus escogi-
dos, para probar su constancia; acrifol-
lar su virtud, y hazer su coraçon mas
robusto para la pelea, y mas capaz de
los influxos de la gracia. Pero como
no ay noche tan penosa, ni prolija
tràs quien no camine el Sol en alcan-
ce de sus sombras, desterrando con la
alegria de sus luzes sus melancolicos
horrores; así en el camino espiritual
no ay dessolacion tan triste, desfampa-
ro tan horroroso, à que no siga la her-
mosa luz de la consolacion divina.
Experiencia, que anima mucho, y fun-
da la esperança de aquellas dichosas
almas, que gimen oprimidas del peso
de este trabajo.

Fueron singularissimas las merce-
des, con que el Señor consolò à su tier-
vo, desde los fines de este año de do-
zientos y veinte y tres, y en el tiempo
siguiente, hasta su glorioso tránsito.
No faltaron empero de el todo los
aprietos, que aunque menos còtinuos
fueron mas rigurosos, porque al gol-
pe mas recio de la tribulacion se pro-
basse la virtud impenetrable del es-
cudo de su paciencia. Avia Dios for-
jado el coraçon de San Francisco à
prueba de tiros, y bateria de tenta-
ciones, y gustaba de ver bien logra-
das

dás las destrezas de su gracia, hazien-
do en el las mas fuertes experiencias.
Una noche de estas, que el Santo se-
sentia oprimidissimo de las indisposi-
ciones de el cuerpo, y en vna confusa
obscuridad de espíritu, clamò de lo
intimo de su alma, pidiendo à Dios
misericordia, porque temia se diesse
por vencida su flaqueza. Apareció-
sele el Señor; y dixole: Francisco, que
gimes, si tienes fee, y con ella puedes
traffegar de vn lugar à otro lugar el
Monte? Quedò el Santo lleno de pa-
vor, y con humildad profunda repli-
cò: Señor, Señor, que Monte es este?
Y el Señor le respondió. Esse Mon-
te es la tentacion. Pues Señor, repli-
cò el Santo: Hagase en mi tu volun-
tad segun tu palabra. En este punto
se serenò la borrasca, en que zoço-
braba su coraçon, se desvanecieron
los nublados, que obscurecian su men-
te, y quedò ilustrado de divinas luzes,
y abrasado en dulces, y purissimas lla-
mas de santo amor. La eficacia de es-
ta consolacion, puso en perpetuo ol-
vido todas sus passadas penas, y tri-
bulaciones; los gozos de su alma se
participaron à la debilidad de su cuer-
po, y cobrò fuerças para entrar mas
briofo, y fuerte en los trabajos, que
le esperaban. Todo este suceso es vn
importante aviso, y de grande con-
suelo para las almas, à quien pone
Dios en el penoso brete de tentacio-
nes interiores, que se alientan mucho
sabiendo, que tienen tan prodigiosos,
y seguros exemplares. Es constante
en los antiguos Chronistas, que en es-
tos dos años padeciò San Francisco
todo linage de tentaciones horribles,
torpissimas, y vehementes. No se por
que las han passado tan sin pondera-
cion algunos modernos, siendo los su-
cessos tan doctrinales. En las vidas
de los Santos ay virtudes, y milagros:
estos sirven à la admiracion; aque-
llas à la enleança; si pareciere, que
me detengo en ponderar las virtudes,
yo procurarè ser breve en referir mi-
lagros, porque soy de sentir, que es
mas importante para la virtud, lo que
conduce à su instruccion, que lo que
mira à la curiosidad.

Esta tentacion prolixa, no solo fue
para el Santo provechosa, porque le
adelantò en meritos, sino porque le
amaestrò en discrecion de spiritus.
Librò à muchos de semejante traba-
jo con su consejo. Avia en esta ocasion
vn Religioso en Porciuncula, que pa-
decia graves tentaciones contra la
castidad. Tenian su origen de la fu-
gestion de el demonio, que le llenaba
la imaginacion de torpezas. Era Reli-
gioso muy timorato, y reconociendo
el peligro, hazia grandes mortifica-
ciones. El ser la materia de esta ten-
tacion tan pegajosa, y tan del genio
de la naturaleza, le tenia con gran te-
mor de consentimiento, aunque co-
nocia en si firmes propositos para la
resistencia. Confessavase, y en el exa-
men de su conciencia se avivaban mas
las torpes imaginaciones, y era mas
fuerte la bateria, donde esperaba te-
ner refugio. Ya llegò à tener verguen-
ça de descubrir aquellas fealdades, en
que no tenia culpa: y fue tal su des-
consuelo, y tristeza, que faltò poco,
para que se quitasse la vida. Viò el
Santo vn dia, y reconociendo en lo su-
nesto de su rostro su trabajo, orò por
el, y tuvo ilustracion de todo lo que
passaba en su interior, y le dixo en-
tre severo, y apacible. Y pues hijo,
que tristeza es essa, con que traes es-
crita en el rostro tu cobardia? Fiate
Dios como à buen soldado fuyo la em-
pressa de essa tentacion, y te acobardas?
Que pensabas, que la joya de la casti-
dad, que deseas, siendo de tato precio,
y estimacion, no te tuviesse alguna cos-
ta? No hijo, no triunfa sino el q vence,

Parte I.
Pp 2 y